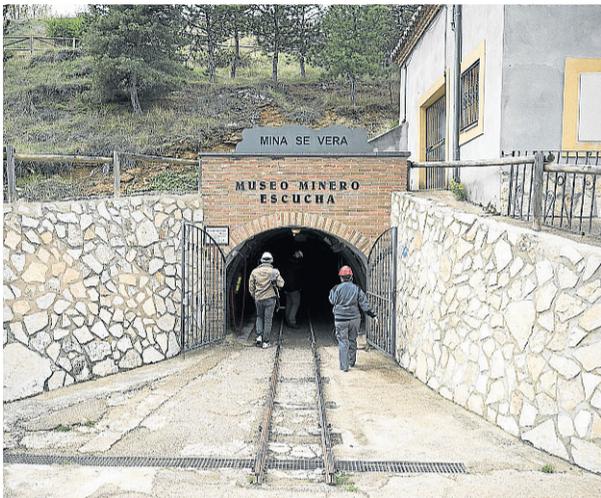


CON LA COLABORACIÓN DE:



Entrada al museo desde el exterior. L. U.



La visita comienza con una bajada de 220 metros. L. U.



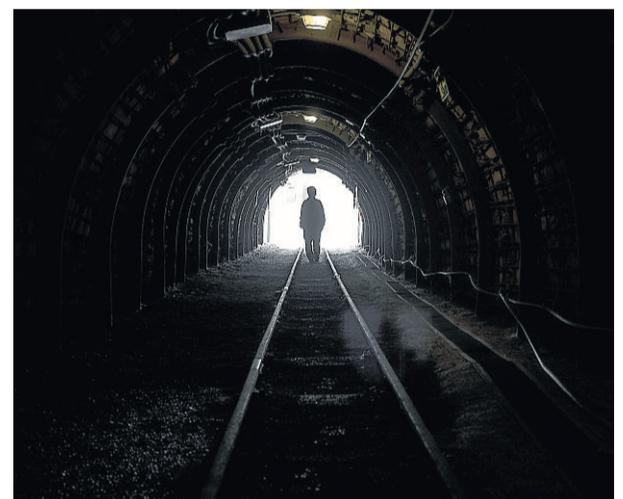
Hay muñecos hiperrealistas en las galerías. L. U.



La bolsa colgante guardaba el almuerzo de los mineros. L. U.



El trabajo de los entibadores mantenía las galerías. L. U.



Salida de la mina a la conclusión de la visita. L. U.

cer el miedo en la entrada, luego ya ven todos que no hay de qué preocuparse; la visita es hasta terapéutica. Por supuesto, todos lleváis el casco reglamentario con la redcilla debajo para evitar el contacto directo con la cabeza, y vuestro frontalito con luz led».

Casi 19 años

El Museo se inauguró para visitas el 18 de julio de 2002. El espacio exterior de la mina ha ido visitándose: zona ajardinada, un recorrido de árboles singulares, centro de visitantes, tienda... también se visita normalmente el pozo El Pilar, muy cercano y llamativo, con las instalaciones de la mina en superficie; van desde el laboratorio a la lampistería... ahora, empero, está en obras.

Juan explica que en los últimos años han subido de visitantes, hasta que la pandemia lo cambió todo. «Ahora, con la relajación de las restricciones, está volviendo la gente. Abrimos de martes a do-

mingo y como ahora no pueden venir los colegios, entre semana acuden pocos grupos, pero el fin de semana se llena. Hay dos perfiles básicos; el educativo, y el familiar o de grupos de amigos. En julio de 2012 se abrió una salida de emergencia y la ventilación es por tiro natural».

Sara aprovecha los trayectos internos de la visita para desenrañar todo un glosario de términos mineros; lo hace con paciencia y una sonrisa. «El tajo de carbón es visible en tres puntos del museo. Por otro lado, el bocarrampero tenía como función abrir las tablas en las que se contenía el carbón extraído y llenar las vagonetas hasta el llamado palmo de minero, que es un palmo por encima del nivel de la vagoneta; iba apuntando cada cargamento, porque trabajaba a destajo. El picador perforaba la piedra con su martillo neumático para que el dinamitero pudiera introducir los explosivos y hacer

las voladuras controladas. Antes de los martillos, los barrenos abrían los hoyos para la dinamita con maza y pica. El peligro era constante, y variado; de hecho, era más peligrosa la sílice suspendida en el aire que las propias explosiones».

Dureza máxima

La seguridad en la mina era más laxa antes. «El minero llevaba boina, alambre sobre ella para saber dónde estaba el techo y lámparas de aceite o candiles de carburo para iluminarse. Pañuelo en boca para tragar menos polvo, niños que subían y bajaban agua a los mineros... curiosamente, las ratas les servían como avisadoras de malas ventilaciones, incendios o movimientos de tierra, ya que las detectaban antes que nadie y si las veías salir corriendo, había que salir corriendo».

En la galería izquierda desde el plano de bajada hay un recuerdo a los entibadores, que iban suje-

tando las galerías; los de Escucha ganaban premios. Hay una placa de reconocimiento a Bienvenido Carbó, Bernabé Gregorio y Jesús Azuara. Aparece una gran rozadora que avanzaba en modo de oruga; era utilizada para extraer el carbón, y llevaba adjuntas sus palas recogedoras. Un poco más allá asoma uno de los puntos favoritos de los visitantes; la simulación del barrenado. Las voladuras eran siempre en el cambio de turno, por cierto.

Una curiosidad; buscando documentación se encontró una nómina a nombre de la mula Lucera, que está representada en una galería del museo; trabajaba como una ídem. Muy cerca hay un altarcito de Santa Bárbara; se celebra su fiesta el fin de semana más cercano al 4 de diciembre. «La Asociación de Recuperación de Patrimonio Minero –revela Sara– reparte candiles de carburo a la gente, se apagan todas las luces del pueblo de Escucha y suben a la

virgen hasta aquí. Como también es patrona de la artillería, se van tirando petardos y al final, desde el castillete, fuegos artificiales».

Se han colocado muñecos hiperrealistas a lo largo de las galerías para mejorar la comprensión de las tareas. Un artesano de Prames los distribuyó a principios del 2019. Otras veces, esos mineros hiperrealistas son literalmente reales, de carne y hueso, porque vienen en un grupo de visita. «Están atentísimos a las explicaciones –cuenta Juan– y les gusta meter baza cuando se tercie. Las guías enseguida se dan cuenta cuando hay uno y crean una sinergia con ellos, invitándoles a participar de las explicaciones. «Alguno viene a pillarnos, pero son los menos –ríe Sara– y es muy didáctico tenerlos para el resto de los visitantes... y para nosotras, que no hemos trabajado en la mina; aunque hemos hecho los deberes, siempre estamos abiertas a aprender más cosas».

ORGANIZA

HERALDO

COLABORAN

